

PATRIARCAS  
— y —  
PROFETAS



Por Elena White

**PATRIARCAS Y PROFETAS**

ELENA G. DE WHITE

Título de este libro en inglés: *Patriarchs and Prophets*

Asociación Publicadora Interamericana

2008

## TABLA DE CONTENIDO

PREFACIO .....	5
CAPÍTULO 1. El Origen del Mal "Dios es Amor." .....	6
CAPÍTULO 2. La Creación .....	13
CAPÍTULO 3. La Tentación y la Caída .....	18
CAPÍTULO 4. El Plan de Redención .....	25
CAPÍTULO 5. Caín y Abel Probados.....	30
CAPÍTULO 6. Set y Enoc .....	34
CAPÍTULO 7. El Diluvio.....	40
CAPÍTULO 8. Después del Diluvio .....	49
CAPÍTULO 9. La Semana Literal .....	53
CAPÍTULO 10. La Torre de Babel.....	57
CAPÍTULO 11. El Llamamiento de Abrahán .....	61
CAPÍTULO 12. Abrahán en Canaán .....	65
CAPÍTULO 13. La Prueba de la Fe.....	73
CAPÍTULO 14. La Destrucción de Sodoma .....	79
CAPÍTULO 15. El Casamiento de Isaac .....	87
CAPÍTULO 16. Jacob y Esaú.....	91
CAPÍTULO 17. Huida y Destierro de Jacob .....	95
CAPÍTULO 18. La Noche de Lucha .....	102
CAPÍTULO 19. El Regreso a Canaán .....	106
CAPÍTULO 20. José en Egipto .....	112
CAPÍTULO 21. José y sus Hermanos .....	118
CAPÍTULO 22. Moisés .....	128
CAPÍTULO 23. Las Plagas de Egipto .....	136
CAPÍTULO 24. La Pascua .....	145
CAPÍTULO 25 El Éxodo.....	149
CAPÍTULO 26 Del Mar Rojo al Sinaí .....	154
CAPÍTULO 27 La Ley Dada a Israel .....	161
CAPÍTULO 28. La Idolatría en el Sinaí .....	169
CAPÍTULO 29. La Enemistad de Satanás.....	178
CAPÍTULO 30. El Tabernáculo y sus Servicios .....	185
CAPÍTULO 31. El Pecado de Nadab y Abiú .....	194

CAPÍTULO 32. La Ley y los Dos Pactos.....	197
CAPÍTULO 33. Del Sinaí a Cades .....	204
CAPÍTULO 34. Los Doce Espías.....	212
CAPÍTULO 35. La Rebelión de Coré.....	217
CAPÍTULO 36. En el Desierto.....	224
CAPÍTULO 37. La Roca Herida .....	227
CAPÍTULO 38. El Viaje Alrededor de Edom.....	233
CAPÍTULO 39. La Conquista de Basán.....	240
CAPÍTULO 40. Balaam.....	243
CAPÍTULO 41. La Apostasía a Orillas del Jordán.....	251
CAPÍTULO 42. La Repetición de la Ley .....	257
CAPÍTULO 43. La Muerte de Moisés.....	261
CAPÍTULO 44. El Cruce del Jordán .....	267
CAPÍTULO 45. La Caída de Jericó.....	271
CAPÍTULO 46. Las Bendiciones y las Maldiciones .....	278
CAPÍTULO 47. La Alianza con los Gabaonitas.....	281
CAPÍTULO 48. La Repetición de Canaán .....	284
CAPÍTULO 49. Las Ultimas Palabras de Josué.....	291
CAPÍTULO 50. Los Diezmos y las Ofrendas .....	294
CAPÍTULO 51. Dios Cuida de los Pobres .....	297
CAPÍTULO 52. Las Fiestas Anuales.....	301
CAPÍTULO 53. Los Primeros Jueces.....	305
CAPÍTULO 54. Sansón .....	314
CAPÍTULO 55. El Niño Samuel .....	320
CAPÍTULO 56. Elí y sus Hijos .....	324
CAPÍTULO 57. El Arca Tomada por los Filisteos.....	328
CAPÍTULO 58. Las Escuelas de los Profetas .....	335
CAPÍTULO 59. El Primer Rey de Israel .....	341
CAPÍTULO 60. La Presunción de Saúl.....	349
CAPÍTULO 61. Saúl Rechazado .....	355
CAPÍTULO 62. El Ungimiento de David.....	359
CAPÍTULO 63. David y Goliat.....	362
CAPÍTULO 64. David Fugitivo .....	366
CAPÍTULO 65. La Magnanimidad de David.....	373

CAPÍTULO 66. La Muerte de Saúl .....	381
CAPÍTULO 67. La Magia Antigua y Moderna .....	385
CAPÍTULO 68. David en Siclag .....	389
CAPÍTULO 69. David Llevado al Trono .....	393
CAPÍTULO 70. El Reinado de David .....	397
CAPÍTULO 71. El Pecado de David y su Arrepentimiento .....	404
CAPÍTULO 72. La Rebelión de Absalón .....	410
CAPÍTULO 73. Los Últimos Años de David.....	421

## PREFACIO

Los editores de esta obra la publican porque están convencidos de que arroja luz sobre un tema de interés universal, y porque presenta verdades que no se conocen lo suficiente o se pasan por alto con demasiada frecuencia. La gran controversia entre el error y la verdad, entre la luz y las tinieblas, entre el poder de Dios y las usurpaciones que ha intentado el enemigo de toda justicia, es ciertamente un espectáculo que merece atraer la atención de todos los mundos. El que exista esta controversia como resultado del pecado, y que ella haya de pasar por diversas etapas, para terminar al fin en forma que redunde para la gloria de Dios y la mayor exaltación de sus siervos leales, es algo tan seguro como que la Biblia es una comunicación de Dios a los hombres. Esta Palabra revela las grandes características de esa controversia, o conflicto, que abarca la redención de un mundo; pero hay épocas especiales en las cuales estas cuestiones asumen un interés inusitado, y llega a ser asunto de importancia primordial que comprendamos nuestra relación con ellas.

Una época como esa es la actual, puesto que todo indica que podemos albergar la esperanza de que este largo conflicto se acerca a su fin. Son muchos, sin embargo, los que parecen dispuestos a relegar al reino de las fábulas aquella porción del relato bíblico que nos muestra cómo nuestro mundo se vio envuelto en esta gran crisis; mientras que otros, si bien evitan una opinión tan extremista, se inclinan, no obstante, a considerar el mencionado relato como anticuado y sin importancia.

Pero ¿quién no desearía averiguar las causas secretas de tan extraña defección, discernir su espíritu, notar sus consecuencias y evitar sus resultados? Explicarnos cómo se logra todo esto es el objeto de este libro. Tiende a fomentar un interés vivo en las porciones de la Palabra de Dios que más a menudo se descuidan. Reviste de un nuevo significado las promesas y profecías del relato sagrado, justifica el proceder de Dios en lo que respecta a la rebelión y revela la admirable gracia de Dios en su plan de redención para el hombre.

--- LOS EDITORES

## CAPÍTULO 1. El Origen del Mal "Dios es Amor."

Su naturaleza y su ley son amor. Lo han sido siempre, y lo serán para siempre. "El Alto y Sublime, el que habita la eternidad," cuyos "caminos son eternos," no cambia. En él "no hay mudanza, ni sombra de variación." Cada manifestación del poder creador es una expresión del amor infinito. La soberanía de Dios encierra plenitud de bendiciones para todos los seres creados. El salmista dice: "Tuyo el brazo con valentía; fuerte es tu mano, ensalzada tu diestra. Justicia y juicio son el asiento de tu trono: misericordia y verdad van delante de tu rostro. Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte: andarán, oh Jehová, a la luz de tu rostro. En tu nombre se alegrarán todo el día; y en tu justicia serán ensalzados. Porque tú eres la gloria de su fortaleza; ... Porque Jehová es nuestro escudo; y nuestro rey es el Santo de Israel." (Sal. 89: 13-18.)\* La historia del gran conflicto entre el bien y el mal, desde que principió en el cielo hasta el final abatimiento de la rebelión y la total extirpación del pecado, es también una demostración del inmutable amor de Dios.

El soberano del universo no estaba solo en su obra benéfica. Tuvo un compañero, un colaborador que podía apreciar sus designios, y que podía compartir su regocijo al brindar felicidad a los seres creados. "En el principio era el Verbo, y el 12 Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios." (Juan 1: 1, 2.) Cristo, el Verbo, el Unigénito de Dios, era uno solo con el Padre eterno, uno solo en naturaleza, en carácter y en propósitos; era el único ser que podía penetrar en todos los designios y fines de Dios. "Y llamaráse su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz" "sus salidas son desde el principio, desde los días del siglo." (Isa. 9: 6; Miq. 5: 2.) Y el Hijo de Dios, hablando de sí mismo, declara: "Jehová me poseía en el principio de su camino, ya de antiguo, antes de sus obras. Eternalmente tuve el principado. . . . Cuando establecía los fundamentos de la tierra; con él estaba yo ordenándolo todo; y fui su delicia todos los días, teniendo solaz delante de él en todo tiempo." (Prov. 8: 22-30) El Padre obró por medio de su Hijo en la creación de todos los seres celestiales. "Porque por él fueron criadas todas las cosas, . . . sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue criado por él y para él." (Col. 1: 16.)

Los ángeles son los ministros de Dios, que, irradiando la luz que constantemente dimana de la presencia de él y valiéndose de sus rápidas alas, se apresuran a ejecutar la voluntad de Dios. Pero el Hijo, el Ungido de Dios, "la misma imagen de su sustancia," "el resplandor de su gloria" y sostenedor de "todas las cosas con la palabra de su potencia," tiene la supremacía sobre todos ellos. Un "trono de gloria, excelso desde el principio," era el lugar de su santuario; una "vara de equidad," el cetro de su reino. "Alabanza y magnificencia delante de él: fortaleza y gloria en su santuario." "Misericordia y verdad van delante de tu rostro." (Heb. 1: 3, 8; Jer. 17: 12; Sal. 96: 6; 89: 14) Siendo la ley del amor el fundamento del gobierno de Dios, la felicidad de todos los seres inteligentes depende de su perfecto acuerdo con los grandes principios de justicia de esa ley. Dios desea de todas sus criaturas el servicio que nace del amor, de la comprensión y del aprecio de su carácter. No halla placer en una obediencia forzada, y otorga a todos, libre albedrío para que puedan servirle voluntariamente. Mientras todos los seres creados reconocieron la lealtad del amor, hubo perfecta armonía en el universo de Dios. Cumplir los designios de su Creador era el gozo de las huestes celestiales. Se deleitaban en reflejar la gloria del Todopoderoso y en alabarle.

Y su amor mutuo fue fiel y desinteresado mientras el amor de Dios fue supremo. No había nota discordante que perturbara las armonías celestiales. Pero se produjo un cambio en ese estado de felicidad. Hubo uno que pervirtió la libertad que Dios había otorgado a sus criaturas. El pecado se originó en aquel que, después de Cristo, había sido el más honrado por Dios y que era el más exaltado en poder y en gloria entre los habitantes del cielo. Lucifer, el "hijo de la mañana," era el principal de los querubines cubridores, santo e inmaculado. Estaba en la presencia del gran Creador, y los incesantes rayos de gloria que envolvían al Dios eterno, caían sobre él. "Así ha dicho el Señor Jehová: Tú echas el sello a la proporción, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste: toda piedra preciosa fue tu vestidura. . . . Tú, querubín grande, cubridor: y yo te puse; en el santo monte de Dios estuviste; en medio de piedras de fuego has andado. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste criado, hasta que se halló en ti maldad." (Eze. 28: 12-15.) Poco a poco Lucifer llegó a albergar el deseo de ensalzarse. Las Escrituras dicen: "Enaltecíose tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu resplandor." (Vers. 17) "Tú que decías en tu corazón: . . . Junto a las estrellas de Dios ensalzaré mi solio,.... y seré semejante al Altísimo." (Isa. 14: 13, 14) Aunque toda su gloria procedía de Dios, este poderoso ángel llegó a considerarla como perteneciente a sí mismo. Descontento con el puesto que ocupaba, a pesar de ser el ángel que recibía más honores entre las huestes celestiales, se aventuró a codiciar el homenaje que sólo debe darse al Creador. En vez de procurar el ensalzamiento de Dios como supremo en el afecto y la lealtad de todos los seres creados, trató de obtener para sí mismo el servicio y la lealtad de ellos. Y codiciando la gloria con que el Padre infinito había investido a su Hijo, este príncipe de los ángeles aspiraba al poder que sólo pertenecía a Cristo. Ahora la perfecta armonía del cielo estaba quebrantada. La disposición de Lucifer de servirse a sí mismo en vez de servir a su Creador, despertó un sentimiento de honda aprensión cuando fue observada por quienes consideraban que la gloria de Dios debía ser suprema. Reunidos en concilio celestial, los ángeles rogaron a Lucifer que desistiese de su intento.

El Hijo de Dios presentó ante él la grandeza, la bondad y la justicia del Creador, y también la naturaleza sagrada e inmutable de su ley. Dios mismo había establecido el orden del cielo, y, al separarse de él, Lucifer deshonraría a su Creador y acarrearía la ruina sobre sí mismo. Pero la amonestación, hecha con misericordia y amor infinitos, solamente despertó un espíritu de resistencia. Lucifer permitió que su envidia hacia Cristo prevaleciese, y se afirmó más en su rebelión. El propósito de este príncipe de los ángeles llegó a ser disputar la supremacía del Hijo de Dios, y así poner en tela de juicio la sabiduría y el amor del Creador. A lograr este fin estaba por consagrar las energías de aquella mente maestra, la cual, después de la de Cristo, era la principal entre las huestes de Dios. Pero Aquel que quiso que sus criaturas tuviesen libre albedrío, no dejó a ninguna de ellas inadvertida en cuanto a los sofismas perturbadores con los cuales la rebelión procuraría justificarse. Antes de que la gran controversia principiase, debía presentarse claramente a todos la voluntad de Aquel cuya sabiduría y bondad eran la fuente de todo su regocijo. El Rey del universo convocó a las huestes celestiales a comparecer ante él, a fin de que en su presencia él pudiese manifestar cuál era el verdadero lugar que ocupaba su Hijo y manifestar cuál era la relación que él tenía para con todos los seres creados. El Hijo de Dios compartió el trono del Padre, y la gloria del Ser eterno, que existía por sí mismo, cubrió a ambos. Alrededor del trono se congregaron los santos ángeles, una vasta e innumerable muchedumbre, "millones de millones," y los ángeles más elevados, como ministros y súbditos, se regocijaron en la luz que de la presencia de la Deidad caía sobre ellos. Ante los habitantes del cielo reunidos, el



Rey declaró que ninguno, excepto Cristo, el Hijo unigénito de Dios, podía penetrar en la plenitud de sus designios y que a éste le estaba encomendada la ejecución de los grandes propósitos de su voluntad.

El Hijo de Dios había ejecutado la voluntad del Padre en la creación de todas las huestes del cielo, y a él, así como a Dios, debían ellas tributar homenaje y lealtad. Cristo había de ejercer aún el poder divino en la creación de la tierra y sus habitantes. Pero en todo esto no buscaría poder o ensalzamiento para sí mismo, en contra del plan de Dios, sino que exaltaría la gloria del Padre, y ejecutaría sus fines de beneficencia y amor. Los ángeles reconocieron gozosamente la supremacía de Cristo, y postrándose ante él, le rindieron su amor y adoración. Lucifer se postró con ellos, pero en su corazón se libraba un extraño y feroz conflicto. La verdad, la justicia y la lealtad luchaban contra los celos y la envidia. La influencia de los santos ángeles pareció por algún tiempo arrastrarlo con ellos. Mientras en melodiosos acentos se elevaban himnos de alabanza cantados por millares de alegres voces, el espíritu del mal parecía vencido; indecible amor conmovía su ser entero; al igual que los inmaculados adoradores, su alma se hinchó de amor hacia el Padre y el Hijo. Pero luego se llenó del orgullo de su propia gloria. Volvió a su deseo de supremacía, y nuevamente dio cabida a su envidia hacia Cristo. Los altos honores conferidos a Lucifer no fueron justipreciados como dádiva especial de Dios, y por lo tanto, no produjeron gratitud alguna hacia su Creador. Se jactaba de su esplendor y elevado puesto, y aspiraba a ser igual a Dios. La hueste celestial le amaba y reverenciaba, los ángeles se deleitaban en cumplir sus órdenes, y estaba dotado de más sabiduría y gloria que todos ellos. Sin embargo, el Hijo de Dios ocupaba una posición más exaltada que él. Era igual al Padre en poder y autoridad.

El compartía los designios del Padre, mientras que Lucifer no participaba en los concilios de Dios. ¿"Por qué -se preguntaba el poderoso ángel- debe Cristo tener la supremacía? ¿Por qué se le honra más que a mí?" Abandonando su lugar en la inmediata presencia del Padre, Lucifer salió a difundir el espíritu de descontento entre los ángeles. Trabajó con misteriosa reserva, y por algún tiempo ocultó sus verdaderos propósitos bajo una aparente reverencia hacia Dios. Principió por insinuar dudas acerca de las leyes que gobernaban a los seres celestiales, sugiriendo que aunque las leyes fuesen necesarias para los habitantes de los mundos, los ángeles, siendo más elevados, no necesitaban semejantes restricciones, porque su propia sabiduría bastaba para guiarlos. Ellos no eran seres que pudieran acarrear deshonra a Dios; todos sus pensamientos eran santos; y errar era tan imposible para ellos como para el mismo Dios. La exaltación del Hijo de Dios como igual al Padre fue presentada como una injusticia cometida contra Lucifer, quien, según se alegaba, tenía también derecho a recibir reverencia y honra. Si este príncipe de los ángeles pudiese alcanzar su verdadera y elevada posición, ello redundaría en grandes beneficios para toda la hueste celestial; pues era su objeto asegurar la libertad de todos. Pero ahora aun la libertad que habían gozado hasta ese entonces concluía, pues se les había nombrado un gobernante absoluto, y todos ellos tenían que prestar obediencia a su autoridad.

Tales fueron los sutiles engaños que por medio de las astucias de Lucifer cundían rápidamente por los atrios celestiales. No se había efectuado cambio alguno en la posición o en la autoridad de Cristo. La envidia de Lucifer, sus tergiversaciones, y sus pretensiones de igualdad con Cristo, habían hecho absolutamente necesaria una declaración categórica acerca de la verdadera posición que ocupaba el Hijo de Dios; pero ésta había sido la misma desde el

principio. Sin embargo, las argucias de Lucifer confundieron a muchos ángeles. Valiéndose de la amorosa y leal confianza depositada en él por los seres celestiales que estaban bajo sus órdenes, había inculcado tan insidiosamente en sus mentes su propia desconfianza y descontento, que su influencia no se discernía. Lucifer había presentado con falsía los designios de Dios, interpretándolos torcida y erróneamente, a fin de producir disensión y descontento. Astutamente inducía a sus oyentes a que expresaran sus sentimientos; luego, cuando así convenía a sus intereses, repetía esas declaraciones en prueba de que los ángeles no estaban del todo en armonía con el gobierno de Dios. Mientras aseveraba tener perfecta lealtad hacia Dios, insistía en que era necesario que se hiciesen cambios en el orden y las leyes del cielo para asegurar la estabilidad del gobierno divino. Así, mientras obraba por despertar oposición a la ley de Dios y por inculcar su propio descontento en la mente de los ángeles que estaban bajo sus órdenes, hacía alarde de querer eliminar el descontento y reconciliar a los ángeles desconformes con el orden del cielo. Mientras fomentaba secretamente el desacuerdo y la rebelión, con pericia consumada aparentaba que su único fin era promover la lealtad y preservar la armonía y la paz.

El espíritu de descontento así encendido hacía su funesta obra. Aunque no había rebelión abierta, el desacuerdo aumentaba imperceptiblemente entre los ángeles. Algunos recibían favorablemente las insinuaciones de Lucifer contra el gobierno de Dios. Aunque previamente habían estado en perfecta armonía con el orden que Dios había establecido, estaban ahora descontentos y se sentían desdichados porque no podían penetrar los inescrutables designios de Dios; les desagradaba la idea de exaltar a Cristo. Estaban listos para respaldar la demanda de Lucifer de que él tuviese igual autoridad que el Hijo de Dios. Pero los ángeles que permanecieron leales y fieles apoyaron la sabiduría y la justicia del decreto divino, y así trataron de reconciliar al descontento Lucifer con la voluntad de Dios. Cristo era el Hijo de Dios. Había sido uno con el Padre antes que los ángeles fuesen creados. Siempre estuvo a la diestra del Padre; su supremacía, tan llena de bendiciones para todos aquellos que estaban bajo su benigno dominio, no había sido hasta entonces disputada.

La armonía que reinaba en el cielo nunca había sido interrumpida. ¿Por qué debía haber ahora discordia? Los ángeles leales podían ver sólo terribles consecuencias como resultado de esta disensión, y con férvidas súplicas aconsejaron a los descontentos que renunciasen a su propósito y se mostrasen leales a Dios mediante la fidelidad a su gobierno. Con gran misericordia, según su divino carácter, Dios soportó por mucho tiempo a Lucifer. El espíritu de descontento y desafecto no se había conocido antes en el cielo. Era un elemento nuevo, extraño, misterioso e inexplicable. Lucifer mismo, al principio, no entendía la verdadera naturaleza de sus sentimientos; durante algún tiempo había temido dar expresión a los pensamientos y a las imaginaciones de su mente; sin embargo no los desechó. No veía el alcance de su extravío. Para convencerlo de su error, se hizo cuanto esfuerzo podían sugerir la sabiduría y el amor infinitos. Se le probó que su desafecto no tenía razón de ser, y se le hizo saber cuál sería el resultado si persistía en su rebeldía. Lucifer quedó convencido de que se hallaba en el error. Vio que "justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso en todas sus obras" (Sal. 145: 17), que los estatutos divinos son justos, y que debía reconocerlos como tales ante todo el cielo. De haberlo hecho, podría haberse salvado a sí mismo y a muchos ángeles. Aún no había desechado completamente la lealtad a Dios. Aunque había abandonado su puesto de querubín cubridor, si hubiese querido volver a Dios, reconociendo la sabiduría del Creador y conformándose con ocupar el lugar que se le asignó en el gran plan de Dios, habría sido restablecido en su puesto.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

